DONDE MADURA EL LIMONERO

Alicia Morales

DONDE MADURA EL LIMONERO

Alicia Morales

avant
editorial

Primera edición, marzo de año 2022
©Alicia Morales, año 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19197-23-8
IBIC: FA

2ª edición: septiembre de 2026

Mi patria es mi infancia.

Baudelaire

A todos aquellos que se fueron, porque su amor
sigue vivo en mi memoria
A Javi por estar

EL COLEGIO

Y todo un coro infantil va cantando la lección:
«mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón»

Antonio Machado

Estaba muy contenta. Era mi primer día de colegio. Mi madre me había planchado un babi blanco, peinado con dos trenzas largas y una diadema de tela de felpa blanca que definía el curso al que iba. Nosotras las llamábamos «felpas». Mis amigas Rosa y Ana también llevaban felpas blancas.

Rosa era más bajita que yo, con unos ojos verdes enormes y una cara redonda como la luna, siempre se estaba riendo, se le ocurrían ideas muy divertidas. Rosa me había contado muchas veces cómo era el colegio. Estaba deseando entrar, aún me faltaba un año, pero todas mis amigas andaban escolarizadas, así que yo quería estar con ellas. A Ana no le parecía tan interesante, salvo el comedor y las lentejas. Ana era alta y delgada, con unas perpetuas sombras oscuras bajo los ojos. Era una niña triste, eso me parecía a mí, como un gorrión que se ha caído del nido.

—El colegio es lo mejor —decía Rosa mientras jugábamos a los cromos sentadas en el bordillo de la acera—. Bueno lo mejor es el recreo. Allí puedes jugar el tiempo que quieras Lucía, nadie te regaña por hablar… Pero en clase… ¡ufff!, te pueden castigar si hablas mucho. Tienes que estar atenta a la señorita.

Yo pensaba que para Rosa sería muy difícil estar callada. Enlazaba una conversación tras otra mientras Ana y yo volábamos por el espacio, o en otra realidad paralela. Ni siquiera se daba cuenta que Ana le estaba ganando a los cromos. Se estaba quedando con esos cromos grandes de flores y rematados de purpurina.

—Y la señorita —ponía Rosa cara amenazante—, te puede pegar con la regla si te portas mal

y duele mucho. Tienes que poner la mano abierta. Así. —Hacía el gesto intentando asustarme.

Pero yo había tomado una decisión y nadie iba apartarme de ella. Había nacido un año después en cifras, aunque la diferencia con mis amigas sólo era de meses, eso hacía que tuviera que esperar legalmente para empezar con mi curso. Lloraba y lloraba queriendo ir al colegio, mi madre decía que me estaba poniendo enferma de tanto llorar:

—La niña se va a poner mala de tanto llorar por el colegio y sólo eso nos faltaba. —Mamá se lo contaba a papá preocupada—. Le va venir bien, así estará distraída, no me agobiará con preguntas y aprenderá algo. Voy a hablar con Pepe, a ver qué puede hacer.

Pepe era futbolista, primo de mi madre, y titular en el equipo local. No le costó mucho pedir favores por allí y por aquí… Hicieron la vista gorda: entré antes de mi edad, con un trimestre menos, a principio de año y una «buena recomendación» conseguida por Pepe.

Estaba súper feliz Mi primer año. Allí aprendería a leer. A escribir. A sumar…

Papá me había enseñado a leer y escribir un poco, pero el colegio era otra cosa, era lo más interesante que me había pasado en la vida. Tener esa libreta azul, el estuche de lápices de colores que me

había regalado mi tío Miguel para cuando fuera al colegio antes de irse a la mili, mi nueva cartera… eran lo más.

Nos condujeron a todas al patio trasero del colegio: un solar inhóspito de cemento con algunos geranios tristes desperdigados. Éramos solo chicas, los niños estaban en otros módulos más abajo. Nos separaba una alambrada alta, las entradas también estaban separadas. Aquello me dio frío. En el patio nos hicieron formar, izaron la bandera española mientras cantábamos el *Viva España* de Pemán. Luego rezamos un padrenuestro y un avemaría. Al fin nos condujeron en fila a las aulas. Allí compartí banco con otra niña que no era ni Rosa ni Ana.

—Me llamo Inma, mi papá es Guardia Civil. —Era rubia, muy rubia, demasiado rubia ante tantas niñas de pelo oscuro. Lo tenía aclarado en exceso. Desde el boom de Marisol, la mayoría de las madres intentaban que sus hijas fueran rubias a base de loción de camomila. Un castaño fugaz valía para tener esperanzas de pelo rubio que al final acababa convirtiéndose en amarillo. A mí nunca me lo aclaraban porque lo tenía demasiado negro.

Inma parecía simpática. Al menos se había presentado antes que yo dijese nada.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas tú?

—Lucía —dije medio susurrando porque no tenía muy claro si se podía hablar en clase.

—¿Y tu papá? ¿Qué es tu papá? —Me miraba curiosa, me interrogaba—: ¿Qué hace? Dime. Cuéntame. ¿Dónde vives?

—Mi padre es músico, y zapatero, también está en el *carrillo* vendiendo sorpresas y polos —confesé de forma apresurada. Le hubiera confesado también que hacía cuadros de madera y arreglaba enchufes, pero Inma cesó el interrogatorio. Ya se había quedado tranquila.

—¡Qué suerte! Puedes comer todos los chicles que quieras.

—No, no me gustan —le dije. Y si me hubiera gustado tampoco me los iba a comer todos. Porque los helados me encantaban y no me dejaban atracarme. También pensé que mi papá era muchas cosas, Sí, tenía mucha suerte.

Mi maestra, doña Milagros estaba gorda y olía a polvos de talco. Era un suave perfume a rosas que yo siempre he asociado a los polvos de talco. Se paseaba por el pasillo del aula con una regla larga de madera que blandía al aire, amenazante, al ritmo de lo que anduviéramos recitando. Así que todas estábamos muy atentas. Cuando se cansaba se sentaba en su silla, con su mesa de «señorita» llena de libros,

lápices, una bola del mundo y un pequeño crucifijo. En la pared había otra cruz en el centro, a la derecha la foto del dictador y a la izquierda Primo de Rivera, al que yo no conocía. En un lateral había una puerta que ella llamaba el «cuarto de las ratas» y nos amenazaba con encerrarnos allí si no guardábamos silencio. Siempre la creí, pero nunca cumplió su amenaza.

Algunas veces, tal como había dicho Rosa, pegaba con la regla a las niñas que no le hacían caso, o las ponía de pie con los brazos en cruz. La rea en cuestión se ponía colorada o lloraba, o todo a la vez, lo que provocaba la risa de algunas, el miedo de otras y una angustia feroz en mi caso, que lo único que quería era librarla de aquella tortura.

Nos repartían unos libros sobre educación cívica, con el yugo y las flechas impresas. Tenía muchos dibujos de lo que estaba bien y de lo que estaba mal. Doña Milagros decía que una señorita de Falange vendría a explicárnoslos. Yo no sabía qué era la Falange así que pregunté a la maestra y a mi padre.

—Doña Milagros —pregunté levantando la mano—, ¿qué es la Falange?

—Algo muy bueno —sonreía complaciente—, las señoritas de Falange os van enseñar a ser niñas educadas, que sepan comportarse. Las que sean buenas pueden apuntarse a bailes regionales.

—¿Qué son bailes regionales doña Milagros? —preguntó Rosa.

—Vais a aprender a bailar sevillanas, jotas, muñeiras… bailes de España. Y también os enseñarán a ayudar a vuestras madres con la limpieza de la casa. Trucos para quitar las manchas. Pero sólo las que se porten bien.

—¿Y cuándo vienen señorita? —Ahora preguntaba Inma que, como Rosa, no podía esta callada.

—Pronto, pronto. Vosotras portaos bien que pronto estarán aquí y os enseñará a ser unas auténticas señoritas y buenas amas casa. Y ahora vamos a repasar los números.

Las compañeras, en general estaban entusiasmadas. A mí la verdad que lo de limpiar y quitar manchas no me hacía ninguna gracia. Bailar, bueno, yo bailaba pop con mi hermano. Me gustaba mucho bailar el *Black Is Black* de los Bravos. Y las canciones de Karina.

—Papá, ¿qué es la Falange? —Así, a quemarropa, le pregunté mientras cenábamos.

Mi padre no me dijo nada, se quedó serio y callado, mientras yo intuía que tenía que ver con «la guerra», por esa tristeza que emanaban sus ojos cada vez que hablaban de «la guerra».

—Termínate la sopa Lucía, se te va a enfriar.